

TEMAS SUIZOS

I. LA NEUTRALIDAD ACTIVA DE SUIZA

E. BOERLIN

presidente de la

Comisión Nacional Suiza para la Unesco

¿Es posible aún la neutralidad hoy en día? Esta pregunta, en los años próximos pasados, ha sido hecha a menudo por otros estados y la misma Suiza. Si nosotros quisiéramos contestarla, tomando como ejemplo a nuestro país, que sea sin perjuicio para otros "casos". La neutralidad no es un artículo de exportación, que se pueda aceptar o copiar sin más ni más. Ella se forma y está íntimamente ligada a las circunstancias particulares de cada país. En cambio, se pueden derivar de esta suposición, como datos seguramente útiles para otros, las conclusiones obtenidas por cada pueblo.

La neutralidad de Suiza no nació solamente de la voluntad de aislarse del procedimiento ajeno, sino también por el deseo de conservar su independencia bajo cualquier circunstancia. Por ello esta neutralidad posee un poder interior que la sola voluntad de aislamiento jamás podría dar. De ahí el por qué esta neutralidad, en el mundo de hoy, solamente es concebible *armada*. El anhelo por la independencia y la neutralidad, lo mismo que la voluntad de defenderse son expresiones sincrónicas pero variadas de la misma actitud interna y externa de un pueblo y no confundible con la de un solo gobierno.

Estas características distinguen la neutralidad de Suiza de lo que se conoce con la denominación de "neutralismo" y que, después de la segunda guerra mundial, vino a ser propagado ocasionalmente en diversos países de Europa y otros continentes. El "neutralismo" tiene sobre todo un carácter pasivo y por eso es poco interesante desde el punto de vista político mundial y, además, peligroso porque fácilmente pro-

duce un vacío y una incertidumbre en vez de surtir un efecto estable y apaciguador.

La neutralidad en el sentido suizo, en cambio, quiere contribuir activa y positivamente en favor de la obra mundial y colectiva de construcción y de paz. Ella asume en la comunidad de las naciones una tarea y una misión, rehusando limitarse, voluntariamente o bajo la presión del extranjero, a una existencia de caracol en su concha. Por eso participa en los acontecimientos internacionales y siempre que no existen tensiones decisivas de poder político o separatista y que, como tales, son incompatibles con la neutralidad de nuestro país.

Como factor positivo y en su determinación incondicional, Suiza no obra únicamente para el propio país, sino que también actúa con la más estrecha y extensa comunidad de los pueblos *contra la guerra*. Y, en realidad, ella puede hacerlo más que en otra cualquiera actitud del poder político, porque, desde luego y en principio, desiste de la aplicación de sus medios políticos y militares si no son exclusivamente defensivos, y porque fue constituida y formada como instrumento de la paz. Y como tal reúne la fuerza *moral* con la *militar* anhelando ambas la paz. Pero también en el servicio de ella la neutralidad debe ser activa en tal sentido, es decir, altruísta y no egocéntrica. Por eso la actividad caritativa y humanitaria, así como la *solidaridad* en su mejor sentido y en todos los terrenos de paz, le son muy naturales.

Sin ser miembro de la organización política de las Naciones Unidas, Suiza toma parte en todas sus instituciones técnicas y en la labor de otras instituciones internacionales. Entre otras pertenece a la Organización Mundial de la Salud, Organización Mundial de la Nutrición, UNESCO, Oficina Internacional del Trabajo, Tribunal Internacional, y toma parte en las acciones de la Asistencia Técnica para las regiones no desarrolladas, en la Organización Europea de Colaboración Económica, en el Fondo Internacional de Ayuda para la Niñez y en la Cruz Roja Internacional.

A fin de que una neutralidad y una política de neutralidad sean activas y positivas, deben tener un respectivo modo de pensar. Ésta es la razón por la que la neutralidad suiza, a

pesar de su voluntad de conservar la paz, siempre dio lugar a conflictos con las potencias extranjeras cuando éstas, apelando a la neutralidad, intentaban prohibir al pueblo suizo su modo de pensar libre e independiente, es decir, declarar su opinión respecto a los acontecimientos del mundo y, en particular, frente a los planes y métodos de esas potencias. Suiza en su historia *nunca ha reconocido una neutralidad de sentimientos*, pero ha sabido conservar libremente su opinión y su expresión en cualquier tiempo intrépida e intransigente. Esto lo tuvieron que reconocer los altivos y poderosos dictadores de Francia, Alemania, Italia y Rusia.

Si no existiese tal mentalidad, entonces seguramente que la neutralidad suiza no sería lo que es hoy; no una actitud clara y positiva, sino la expresión de una flaqueza oportunista y retrechera. El carácter de la neutralidad suiza está determinado por su modo de pensar, y debido a él y a su actitud le ha sido siempre posible hasta hoy a Suiza defender su neutralidad e independencia incluso en las situaciones más difíciles.

II. SUIZA Y LOS REFUGIADOS

NINA KOERBER

DESDE HACE mucho tiempo el nombre de Suiza está asociado al concepto del derecho de asilo. En el siglo XVII reforzóse éste al ser acogido el torrente de hugonotes perseguidos; en el XIX lo fueron los refugiados políticos de Italia y Alemania. Después de la fracasada intentona rusa de revolución, en 1903, fueron rusos —entre otros Lenin y Trotsky— quienes se cobijaron en Suiza entre dos tormentas. Desde entonces han ido creciendo las oleadas de los que buscan socorro. En la primera mitad de este siglo el número de personas que se han quedado sin patria se remonta a 150 millones. Suiza permaneció a salvo de dos guerras mundiales, y en tanto que isla de paz, sus deberes para con Europa medio destruida han tomado a veces dimensiones impresionantes.

El primer gran contingente de refugiados estuvo constituido por soldados alemanes, franceses e italianos que, durante la guerra de 1914-18, buscaron protegerse del enemigo tras las fronteras helvéticas. Llegaron luego armenios, que escapaban de la persecución turca, y más tarde rusos blancos, quienes, después de la subida al poder de los bolcheviques, se desparramaron por todo el mundo. En el tiempo que transcurrió entre las dos guerras mundiales, Suiza vio pasar por su territorio a un alud de antifascistas italianos y españoles, que en su mayor parte se dirigían a América. Con el triunfo de Hitler afluyeron a Suiza alemanes y austriacos: primero eran refugiados políticos, pero pronto añadiéronse perseguidos raciales y personas de todas suertes que se sentían amenazadas y que, por diversos motivos, no eran bienquistas en el Tercer Reich.

Ante esta afluencia constante y creciente, las autoridades federales tuvieron que tomar medidas rigurosas, ya que para un pequeño país así, era imposible acoger a todos los que buscaban amparo, y ello debido tanto a la falta de espacio como a otras circunstancias materiales. La primera medida adoptada fue la de establecer el visado de entrada. Suiza se ha atenido al principio de garantizar a los apátridas sólo un permiso de estancia provisional. Cuando la salida se hizo prácticamente imposible, se adoptó en marzo de 1940 el decreto federal disponiendo que se reuniese en campos de trabajo a los refugiados e internados que estuviesen en condiciones de trabajar; hubo que tener en cuenta la voz de la población, que había dado todos sus hombres fuertes y útiles al ejército. Las autoridades trataron de cerrar la frontera provisionalmente a nuevos inmigrantes —esto era en agosto de 1942, cuando toda Suiza estaba rodeada por las tropas nacionalsocialistas—, pero a ello se opuso el pueblo suizo, pues era sabida la suerte a que estaban expuestos los que quedaban atrás. Una vez más se ponía de manifiesto cuán fuertemente arraigada estaba la tradición del derecho de asilo en la conciencia de los suizos. La opinión pública mostró una magnífica generosidad para ayudar a los apátridas; surgieron iniciativas altruistas de carácter privado debidas a los diversos

movimientos políticos y confesionales, que más tarde aunaron sus esfuerzos bajo la dirección del "Centro Suizo de Ayuda a los Refugiados". De este modo se creaba una institución que podía representar ante las autoridades los objetivos comunes y podía asimismo ejercer efectivamente su actividad caritativa coordinando adecuadamente las distintas medidas de ayuda adoptadas.

En los años de terror, la primera tarea de las obras u organizaciones de socorro y de las autoridades era la de acoger a los refugiados que habían hallado asilo, de una manera humana y digna; hubo que cuidar a los enfermos y proporcionar enseñanza escolar a los jóvenes. En 1945 se instituyó una comisión para el repatriamiento y la emigración, así como una secretaría para la juventud. Una hoja de información, que aún sigue publicándose, empezó a difundir comunicaciones sobre nuevas posibilidades de actividad en el mundo. En total, durante la segunda guerra mundial, unos 300,000 refugiados civiles o internados militares de diferentes proveniencias hallaron asilo en Suiza; si tenemos en cuenta el número de habitantes del país, vemos que ello representa una tarea grande y llena de responsabilidades. Al fin de la guerra, una buena parte de aquéllos volvió a emigrar, pero entonces hubo que integrar a los restantes en el trabajo, y reunirlos con sus familiares. El apátrida dejaba de ser un concepto de masa, y la asistencia tomaba un carácter individual.

La Confederación concedió, en marzo de 1947, un permiso de residencia permanente en Suiza a aquellos refugiados "cuya edad, estado de salud u otras circunstancias parecieron reclamarlo"; desde diciembre del mismo año aseguró su existencia mediante la fijación de subsidios anuales de ayuda.

Hoy viven en Suiza 20,000 refugiados, de los que 10,000 son húngaros. Entre ellos hay un número de inadaptados difíciles de educar, de imposibilitados y de enfermos, que no tienen familia y están por completo desamparados. A quien es apto para el trabajo le ayudan la Confederación y las organizaciones particulares. Estas últimas recaudan fondos principalmente de las colectas anuales, que se llevan a cabo en toda Suiza (en el año 1959 la suma oficial se elevó a 915,599

francos suizos), y que se reparten entre las distintas obras de asistencia según un plan prefijado. La Confederación ha entregado al Comité Suizo para el Año Mundial del Refugiado un millón de francos, 750,000 francos al Alto Comisariado de las Naciones Unidas, que está bajo la dirección del suizo Augusto Lindt. Sin embargo, son los pequeños donantes quienes mejor ponen de manifiesto el altruismo del pueblo suizo. El año pasado se recaudaron, mediante llamamientos e invitaciones a la generosidad del pueblo, 320,000 francos para los refugiados que están en Túnez, Austria y Grecia. Cuarenta mil mujeres suizas elaboraron 83 toneladas de lana, con un valor de 850,000 francos, que fueron repartidos por la Cruz Roja. La organización católica de socorro Caritas entregó al Comité Central del Año Mundial del Refugiado 20,000 francos y la Ayuda protestante HEK 94,000 francos. La Obra de auxilio obrero ofreció a 25 niños refugiados unas vacaciones en el Tesino y regaló 40,000 francos para niños de Argelia. El Centro de Ayuda a los Refugiados destinó 50,000 francos a la construcción de un hogar para inadaptados difíciles de educar.

Junto a estas grandes acciones, tienen lugar diariamente otras pequeñas, casi desconocidas. Unos jóvenes dirigieron una acción para adquirir mantas, que produjo 14,000 francos. En una película proyectada en Zurich se recaudó una suma de 5,000 francos, y en una sesión matinal de teatro obtuvieron 3,000 francos. El Gran Consejo de Berna renunció un día a sus dietas en favor de los refugiados. Con ese mismo fin, los empleados del Centro de Ayuda a los Refugiados se desprenden regularmente del 1 % de su sueldo. Las alumnas de una escuela de asistentes sociales organizaron una "jornada de sopa" para poder acoger a un niño refugiado; una llamada radiofónica produjo 100,000 francos de donativos. Y se han dado muchos otros gestos así, que nos es imposible seguir relatando.

Pero, como dice el doctor Lindt: "El auxilio no ha de ser limitado, ni tampoco se ha de interrumpir. La generosidad del pueblo suizo para con los que han perdido su patria no tiene que paralizarse. Debemos seguir probándoles que la

actividad humanitaria es el elemento más importante de nuestra política nacional e internacional.”

III. GINEBRA COMO CENTRO INTERNACIONAL

OLIVIER REVERDIN

Es AL MOVIMIENTO espiritual de la Reforma al que Ginebra debe su vocación internacional. Las ideas mantenidas por Calvino logran propagarse en Francia, Inglaterra, Escocia, en los Países Bajos, en Suiza, Hungría, llegando hasta Polonia. Ginebra llegó a convertirse en bastión de cuantos sentíanse afectados por el calvinismo en Europa. Así pudo verse, al fundarse en 1559 la Academia que había de ser más tarde la universidad ginebrina. Desde los primeros años afluyeron los estudiantes extranjeros en número superior a los propios de Ginebra. Digamos de paso que la Universidad de Ginebra ha mantenido este carácter hasta nuestros días. Actualmente es la única en el mundo en que los estudiantes nacionales se cuentan en número inferior. En 1956, alrededor del 42 % eran suizos y 58 % extranjeros, procedentes de más de 60 países.

Desprovista de territorio, rodeada de vecinos hostiles, sin ambiciones temporales, Ginebra, república independiente, pone sus esperanzas ya en el siglo xvi muy por encima de sus propias fronteras. Llega a exportar relojes, joyería, esmaltes y tela indiana. Sus banqueros contribuían a toda clase de operaciones financieras en el mundo entero. Con los brazos abiertos acogía a cuantos refugiados protestantes llegaban a sus confines no importa de dónde viniesen. Sus espíritus selectos compartían con interés espiritual los acontecimientos que acaecían en Europa, manteniendo estrechas relaciones con los sabios de Francia, Inglaterra y los Países Bajos.

Ginebra es asimismo la cuna de Juan Jacobo Rousseau, cuyo espíritu tanta influencia llegó a ejercer en muchas na-

ciones. En las tradiciones republicanas de su patria, el autor del *Contrato social* pudo encontrar infinitas ideas en virtud de las cuales tuvieron sus escritos un eco universal.

En el siglo XIX, Ginebra se mantiene fiel a su vocación internacional. Al sublevarse los griegos contra el yugo otomano, le vinieron de ella desde 1821 sus primeros apoyos exteriores. Un sentimiento de solidaridad cristiana, aleteando en las clases selectas de Ginebra, sirvió de aliciente a éstas para enardecer antes que nadie por la causa de la independencia helénica y prestar a los sublevados una ayuda eficaz, al mismo tiempo que un buen apoyo moral. Un sentimiento análogo de inspiración religiosa fue también lo que alentó a la Cruz Roja, unos cuarenta años más tarde.

Una agrupación local, la Sociedad Ginebrina de Utilidad Pública, habiéndole sometido Henri Dunant a su consideración el texto de sus "Recuerdos de Solferino", estimó como deber suyo emprender cuanto le fuere factible con vista a humanizar la guerra para aliviar la suerte de sus víctimas. Ella fue la que logró que los soberanos de Europa se interesasen por su proyecto y se convocase una conferencia diplomática, la misma que habría de hacer suya la primera *Convención de Ginebra*. Con ello surge a la vida la Cruz Roja. La idea generosa que encarnaba llegó a conquistar los cinco continentes. Su emblema —que no es otro sino el de la bandera suiza con sus colores invertidos— se convirtió en un signo de esperanza y de salud para millones de seres caídos en desventura. Ginebra sigue siendo el centro mundial de la Cruz Roja. Aquí tiene su sede el Comité Internacional, integrado por súbditos suizos, y la Liga de las Sociedades de la Cruz Roja.

Esta larga tradición, este mantenido interés por los problemas internacionales, ya puesto de manifiesto desde el siglo XVI por los ginebrinos, justifica que su ciudad fuese elegida como sede en 1919 por la Sociedad de las Naciones y, posteriormente, por la Oficina Internacional del Trabajo. Y que, gravitando en torno de estos dos grandes organismos, vinieran a instalarse en Ginebra numerosas organizaciones internacionales gubernamentales y particulares. A la antigua Sociedad de las Naciones le ha sucedido ahora el Centro

Europeo de las Naciones Unidas. Aunque no tengan lugar ya en Ginebra los debates acerca de los grandes problemas de la política mundial, cual se hiciera en el período anterior entre las dos guerras, sin embargo se mantiene allí la actividad internacional de manera intensa. En Ginebra tienen sus domicilios sociales grandes organismos especiales de las Naciones Unidas o celébranse sus reuniones. Baste con citar la Organización Mundial de la Salud, la Organización Internacional del Trabajo, la Unión Internacional de Radio-Difusión, la Unión Internacional de Telecomunicaciones, la Oficina Internacional de Educación, por no hacer más extensa esta lista. El Centro Europeo de Investigaciones Nucleares (CERN) ha elegido igualmente los alrededores de Ginebra para construir uno de los mejores institutos científicos del mundo.

Más numerosas son aún las organizaciones de carácter privado. Entre ellas no faltan algunas de vital importancia. Citemos el caso del Consejo Ecuménico de las Iglesias, que agrupa prácticamente todas las iglesias cristianas, con excepción de la romana y de la ortodoxa de los países comunistas.

Ponemos punto final a esta enumeración. Hemos podido constatar que si Ginebra ha llegado a ser hasta hoy mismo un gran centro internacional, es porque una vocación irresistible, mantenida en el decurso de cuatro siglos, la habían predestinado a semejante misión de solidaridad mundial.

IV. SUIZA ANTE LAS ARMAS ATÓMICAS

ERNST BIERI

EN JULIO de 1958 el gobierno suizo divulgó, en una declaración oficial, que "el Ejército tendría que ser dotado de las armas más eficaces para la salvaguardia de nuestra independencia y para la protección de nuestra neutralidad", y añadía explícitamente: "A este fin se precisan las armas atómicas." El comunicado oficial tuvo un eco considerable en el extranjero. Algunos comentaristas concluyeron de la declaración

del Consejo Federal que el ejército de la pequeña Suiza tenía la intención de ponerse al mismo nivel de las grandes potencias fuertemente armadas y participar así en la competición atómica; ello estaba en contradicción con la tradicional misión pacífica de la patria de la Cruz Roja.

Tales interpretaciones eran exageradas, demostrando una comprensión insuficiente del *viejo principio de la neutralidad armada*, principio rector de la política exterior de Suiza. El que el gobierno preconizase las armas atómicas para nuestro ejército no era para modificar o abrogar este principio, sino para poder *mantenerlo incluso* en la nueva fase del desarrollo de la técnica bélica. El jefe del departamento jurídico del ministerio de asuntos exteriores, el profesor Bindschedler, en un estudio jurídico acerca de las armas teledirigidas, recordó que “la neutralidad deja al *libre arbitrio de Suiza* la selección de las armas, su empleo y el tipo de operaciones táctico-estratégicas”, y eso, claro está, dentro de los límites de las convenciones internacionales. Además, la neutralidad armada exige que la defensa no sea meramente simbólica, sino eficaz. Si hay que dotar al ejército de ingenios atómicos, eso es “una cuestión de conveniencia militar”; precisó que “en el caso de que una defensa eficaz sólo resulte posible con tales armas, *su adquisición se convierte incluso en una obligación impuesta por la neutralidad*”. Es decir, el poner al día el propio potencial militar con armas atómicas no está en contradicción con la neutralidad. También está permitido, sin más, comprar tales armas en el extranjero, lo mismo que cualquier otra clase de material bélico. Lo único incompatible con la neutralidad se daría en el caso de que las armas atómicas solamente pudiesen adquirirse bajo la aceptación de condiciones políticas impuestas por un estado extranjero. Respecto a la posición de neutralidad tradicional de Suiza, no hay ninguna diferencia de principio entre armas atómicas y armas de otro tipo.

Pero hay también otras razones que nos obligan a *no dramatizar* la declaración del gobierno. En realidad, el Consejo Federal no ha tomado ninguna “resolución” en cuanto a la adopción de las armas atómicas. Lo que se ha hecho ha sido

tan sólo recordar el principio de la neutralidad armada, relacionándolo con la técnica moderna de la guerra. La única consecuencia práctica consiste en que *la dirección del ejército* ha sido encargada de *estudiar* con mayor esmero el problema, estudio que dicha dirección ya había empezado por propia iniciativa en cumplimiento de su tarea normal. Ni la dirección del ejército, ni el gobierno, pueden tomar resoluciones. Además, las *dificultades prácticas* que obstaculizan la realización de tal proyecto no son escasas. Un especialista de la investigación civil atómica opinó que una producción nacional de armas atómicas en Suiza podría iniciarse sólo al cabo de diez o veinte años; de lo que se carece en la actualidad es de personal especializado y además no hay posibilidad de comprar uranio para usos militares. La adquisición en el extranjero de uranio o de armas atómicas ya prontas es imposible a causa de la legislación vigente en los estados abastecedores; pues, incluso los miembros de la OTAN, no reciben armas atómicas para su propia disposición. Solamente gracias a la colaboración con otro país, por ejemplo con Suecia, sería posible acortar ese plazo.

Uno se preguntará por qué, vistas estas reales y considerables dificultades, el Consejo Federal ha tratado este asunto de manera tan llamativa. En ello influyeron motivos políticos y psicológicos. En el verano pasado las olas de la *campaña 'contra la muerte atómica'* en Alemania alcanzaron hasta Suiza. Círculos pacifistas y círculos sociales de izquierda formaron un comité que, mediante una iniciativa popular, pedía que se incluyera en la constitución federal la prohibición de principio de las armas atómicas. En ese preciso momento el Consejo Federal intervino con una aclaración, recordando a la opinión pública que sólo un *ejército fuerte y moderno* sería capaz de cumplir con su deber constitucional de proteger la independencia. De esa manera se opuso a la automutilación parcial planteada por el comité de la "muerte atómica"; además deseaba por lo menos garantizar que el problema de las armas atómicas fuese sometido a una indagación seria.

La discusión atómica, muy agitada hace un año, ha ido perdiendo su virulencia; el comité se propuso ganarse el apoyo

del partido socialdemócrata, pero tal tentativa resultó vana. Sin embargo, hay que añadir que, por su cuenta, ese partido presentó un proyecto de iniciativa para que todas las resoluciones sobre un posible armamento atómico tuvieran que ser sometidas, de manera obligatoria, al voto popular. *La gran mayoría del pueblo suizo aprobó las concepciones del Consejo Federal.* Hoy sigue estando en favor de la defensa nacional y acoge favorablemente la idea de que la cuestión de las armas atómicas se investigue seriamente y sin prejuicios.

Es evidente que Suiza no se propone en modo alguno entrar en una competición de armas estratégicas, atómicas y tele-dirigidas. Su armamento atómico se habría de limitar a *las armas tácticas* a emplear contra tropas y aviones invasores. El principio general de la defensa estratégica no sufriría el más mínimo trastorno con la adopción de las armas atómicas. El problema en sí se presenta en forma muy sencilla al gobierno, al pueblo y al ejército: las armas atómicas existen hoy en tal cantidad y variedad que ya, desde hace mucho tiempo, han perdido su carácter de armas extraordinarias de aniquilamiento estratégico-político, y se han ido transformando en parte integrante del equipo normal de los ejércitos y sus distintas divisiones. En tal situación, ¿cómo puede Suiza, que se defiende por sí misma, formar una "laguna atómica" en pleno corazón de Europa? Pues es bien palmario que, en caso de guerra, se emplearían esas armas nucleares. ¿No resulta más bien un *deber*, especialmente para un estado independiente, pequeño y neutral, el *mantener el desarrollo técnico* por lo menos en el plan inferior? No olvidemos que, proporcionándose también esos instrumentos nuevos y *fortaleciendo considerablemente su poder de "fuego"*, contribuiría de manera particular a ayudar al *atacado que se defiende*.

Todo el pueblo suizo no desearía otra cosa sino una reducción mundial de los armamentos y la supresión de las armas nucleares. Pero desconfía de las declaraciones que sólo se encuentran en el papel, sin estar respaldadas por un control efectivo sobre la limitación de los armamentos; desconfía asimismo de las maniobras demasiado paladinas que se proponen prohibir las armas nucleares exclusivamente, y éstas aún sólo

dentro de una zona geográfica delimitada. El *equilibrio militar* constituye un todo y únicamente un todo garantiza la libertad de los pueblos libres. Por eso los suizos no se dejan engañar por campañas cuyo objeto es —so color de argumentos humanitarios— privar a Europa de su protección militar. Suiza no se ha fiado nunca exclusivamente de tratados y de promesas diplomáticas, sino que ha basado su independencia sobre un ejército fuerte y ha actuado con prudencia. Baste para ver la razón que tiene el recordar la frecuente y brutal violación de tratados, cuyas víctimas han sido estados pequeños y débiles.

El ejército suizo sirve *exclusivamente para la defensa del país*. Cada amigo sincero de la paz y de la libertad tiene que regocijarse con que Suiza esté decidida a conseguir la mayor eficacia posible de su instrumento militar y a impedir en su territorio la creación de un vacío militar, político y administrativo.